

fenómenos extraordinarios, sobrenaturales ó preternaturales, conforme vengan de parte de Dios ó de parte del diablo, el que esto escribe se las apuesta con el más estirado crítico y más chapado incrédulo, que haya ni pueda haber en muchas leguas á la redonda, mientras no ande de por medio la sentencia ó parecer de la Iglesia, que en estos y otros semejantes casos se carga plomo y más plomo en los pies para dar un paso; ó mientras no arranca el asentimiento la evidencia meridiana de los hechos mirados y remirados por todos sus lados, antecedentes y consiguientes; ó por fin mientras no inclina por fuerza la balanza del juicio, el peso de autoridades muchas, bien acreditadas y mejor informadas de la cosa. Que en cualquiera de estas hipótesis el dudar es remilgo y morosidad, el negar, insipiencia y la crítica se convierte en fatuidad é intolerable escepticismo. Como sucedería en nuestro caso, si perdido el seso se emperrase alguno en navegar contra viento y marea, huyendo del polo de la verdad, en este mar de hechos, documentos é irrecusables testimonios.

Mas que alguno me tilde de machacón, nimio y escrupuloso, cual si no hubiese de sobra con todo lo alegado para el fin pretendido, como la tesis es de tan singular importancia, que trasciende á cuanto de masonería se pueda tratar, por cualquier lado que se la mire, con algún fundamento, voy á clave-tearla más [la tesis] que no se descomponga á tres ni á cien tirones, reforzándola con otro género de pruebas, que serán las citas de varios autores de tanta nota por su ilustración y gravedad de juicio, que no haya más que pedir, ni dejen que de-sear á ningún entendimiento sano y recto. Ni para escurrir el bulto me venga algún listo á despuntar de agudo, con que todo lo aderezo al sabor de mi paladar, si es que en las citas no he de dar cabida más que á nombres de los míos, por de contado

parciales, ó cuando menos sospechosos. Porque á ese alma de cántaro le he de contestar, si ha perdido tan pronto los memoriales, ó no ha echado de ver que en todo el precedente discurso no he sacado á relucir, salvo contadas excepciones, más que los rituales de la secta, alguna que otra interpretación de idem, los dichos y actos de personajes sectarios, á no ser que la secta desconozca como criaturas suyas un intérprete sagrado como Ragon, ó los endemoniados de Renan y Proudhon con todo su costal de barbaridades, demencias y blasfemias.

Y manos á la obra.

Sea el primero á testificar de todos los hombres buenos que van á comparecer ante el tribunal del buen sentido, el que es primero en antigüedad, y mucho más todavía en excelencia y mérito de saber y erudición masónica, y que en este ramo le puede dar quince y raya al maestro. . . más enmandilado, más enjorjado y más graduado de todos los maestros, el famoso abate Barruel, digo; quien á pesar de no ser de lo más tierno que digamos para eso de reconocer manos ocultas ó causas superiores de ciertos fenómenos, como si á las veces algo le hubiese penetrado el frío del ambiente filosófico que le rodeaba, sin embargo, al fin de su estudio magistral y acabadísimo del iluminismo alemán, donde desde el origen de este, á través de las hipócritas sinuosidades y oscuros laberintos de aquellos redomados sectarios, llega y con sagacidad maravillosa escudriña y sondea las más arcanas profundidades de Weisshaupt, como si dentro de su propio espíritu le hubiese ido á saltar los pensamientos y dañadas intenciones; allí, pues, traza el cuadro del radicalismo feroz de la secta iluminada y su completo triunfo en estos términos: "Cuando esta ley llegue á cumplirse, *el viejo de la montaña*, el último Espartaco [1] podrá salir de su

(1) Nombre de guerra de Weisshaupt.

tenebroso santuario. . . . el decreto de exterminio fulminado *contra las naciones y su Dios*. . . . habrá reducido á pavesas nuestros altares. . . . el último Espartaco rodeado de sus iluminados, al contemplar tantas ruinas, podrá decirles: *Venid y celebremos la memoria de nuestro padre Weisshaupt*.”

Y luego sigue con lo que hace más á nuestro propósito: “De este modo celebraría sus triunfos el último Espartaco. Los mismos demonios saldrían de los infiernos para gozarse en la grande obra del código iluminado. Satanás podría decir: Ya han llegado á ser los hombres lo que apetecía que fuesen. . . . Mientras que el infierno espera regodearse en los triunfos que le prepara el código iluminado ¿qué resultados de la secta no hemos visto. . . .” [1]. Así Barruel, bien que con la frialdad que traían los aires de la época, pone sello diabólico á la secta.

Más expresivo es por cierto en su epístola gratulatoria á Claudio Janet el Ilmo. Sr. Gay, Obispo de Anhedon, de cuyos méritos esclarecidos dan fe su dignidad eclesiástica y sus libros y el cual define la masonería con estos rasgos:

“Aquella enorme boca, que la Escritura llama el *pozo del abismo*. . . . que tiene por rey al ángel del abismo, cuyo nombre es el *Exterminador* [2]; el mismo de quien habla Jesucristo, al echarles en cara á los rebeldes judíos: *Vosotros sois del diablo vuestro padre*. . . . que era homicida desde el principio [3]. *Misterio de iniquidad*, cuyo último fruto y agente soberano debe ser el *hombre de pecado, hijo de perdición*, el Anticristo. . . . que ha de reinar por cuenta del Infierno. La masonería hace todos los preparativos para la venida y triunfo del Anticristo, conciliándole los ánimos y ganándole las simpatías

(1) Memorias del Jacobinismo, t. 3. c. XVIII.

(2) Apoc. IX.

(3) Joan. VIII, 44.

de los hombres, creándole recursos y formándole en todos los países un organismo político apropiado, popularizando sus principios y formulando su credo, propagando su moral y fundando su enseñanza con privilegio de monopolio, reclutándole ejército, dotándole de arreo científico, literario y artístico, construyéndole teatros, levantándole tribunas, preludiando su legislación y poniendo la prensa á su servicio: con todo lo cual le va labrando el trono, que bien sabe ella se habrá de convertir mañana en altar, y por esto afanosamente trabaja en modelar á su imagen á ese pueblo ciego, degradado y servil, cual le importa para ser aclamado, llevado en palmas y obedecido.”

¡Magnífica pintura de los fines y obras masónicas! ¡espléndido testimonio del satanismo sectario!

Oigamos la voz de Alejandro de Saint-Albin, escritor concienzudo, cuya autoridad es tanto más respetable, cuanto su obra [1] compuesta con materiales de cantera exclusivamente masónica, le valió el honor de concitar contra sí las iras de la prensa sectaria de Francia y Bélgica, y la gloria de no ver contestado ninguno de sus terribles cargos y afirmaciones. El cual en el epílogo de su riguroso, pero justo proceso se expresa así: “Cuando en la primera página de los Santos Libros leemos que Satanás prometió al hombre la *Ciencia del Bien y del Mal*, nos detenemos poco en desentrañar el sentido de esta frase. . . Véase en todo su horror cuál es esa Ciencia del Mal opuesta por Satanás á la Ciencia de Dios. La francmasonería dice por cuenta propia y por cuenta de sus sociedades filiales: “Yo lo domino todo desde las elevadas esferas en que me cierno [2];” yo soy la *Ciencia de la civilización*, [3]; yo soy la *Ciencia de*

(1) Les franc-maçons et les sociétés secrètes.—Paris, 1867.

(2) Monde maçonnique, feb. 1867, p. 631.

(3) H. Ragón, Orthodoxie maçonnique, p. 34.

las Ciencias [1]; yo soy el Verbo de la Razón [2]. Sería la Ciencia del Bien y del Mal, si de las promesas de Satanás no se hubiese de restar la parte de mentira; pues él es la Mentira, así como Dios es la verdad. La francmasonería, que también dice á sus seducidos: *todos los hh. son dioses*; la francmasonería de los grados superiores, cualquiera que sea su nombre y el disfraz con que se encubra, se da á conocer como hija de Satanás por esta divisa que en todas partes ostenta *La Ciencia del Mal*.”

Posterior á de Saint-Albin el R. P. Javier Gautrelet, cuyas virtudes y sabiduría fueron universalmente reverenciadas, demuestra con rigor científico que la masonería es la verdadera *sinagoga de Satanás*, en su carta 47ª [3]: “Ahora, dice el docto jesuita, ya podemos formarnos ideal cabal de la masonería y dar su definición exacta, que cifro yo en esta palabra, la *sinagoga de Satanás*.”

“En efecto, Jesucristo, antes de subir á los cielos, instituyó su Iglesia, encargándola de continuar su obra reparadora hasta el fin de los siglos. Cabeza de ella invisible, bien que real, la dotó de gobierno regular y le dió por jefe, en calidad de vicario suyo, á uno de sus apóstoles, invistiéndole de plena potestad; le confió su Evangelio y sus Sacramentos, el tesoro de sus méritos y satisfacciones, la distribución de sus gracias y la dispensación de la vida sobrenatural. Por esta Iglesia, como madre de todos los fieles, somos hechos hijos de Dios. . . .

“Pues bien, en frente de esta y con un fin diametralmente contrario, el *enemigo* de Dios y de los hombres, Satanás fundó la masonería, que no es sino la odiosa caricatura de la Iglesia. ¿Quereis convenceros de ello? Vedlo.

(1) Ibid. p. 10.

(2) Rituel du nouveau grade de Rose-Croix, p. 84.

(3) La Franc-macounerie et la Révolution.—Lyon, 1872.

“Los caracteres esenciales de la Iglesia son la *catolicidad*, la *unidad*, la *apostolicidad* y la *santidad*. Estos caracteres se arroga también la masonería á su modo.

“Es *universal*. Lo dice y lo prueba de mil maneras.

“Es *una*. Por *unidad de incredulidad*, porque su principio fundamental de *libertad de pensamiento* es la negación equivalente de toda verdad. *Una* en su odio á Jesucristo y á la Iglesia: *una* en su *objeto final*, la destrucción: *una* en sus *secretos* é *iniciaciones*: *una* en sus *juramentos*.

“Si no procede de los Apóstoles, viene de más atrás, porque desciende derechamente del primero que alzó la bandera de la *libertad* al grito de: *Non serviam*. Si la Iglesia tiene su gerarquía, no le falta la suya á la masonería. . . . *levitas, sacerdotes, pontífices, etc.*

“Si la Iglesia mira al fin de restablecer el orden en la sociedad, en la familia y en el individuo, y pone toda su solicitud en santificar al hombre, en traer el reinado de la paz y la felicidad sobre la tierra, en consagrar el principio de autoridad, etc., la masonería se reserva el funesto encargo de introducir la perturbación y la división en la familia, de encender la revolución en los pueblos y destruir en los corazones las bases mismas de la moral y de cualquiera idea de virtud. Y si la Iglesia brinda campo abierto á las más nobles aspiraciones, á las virtudes más heroicas, á los sacrificios más sublimes, á gloria de Dios y salud de la humanidad; la masonería por la escala ascendente de iniciaciones y grados conduce al más subido punto y colmo de impiedad; díganlo si no los grados de Rosa-Cruz, Kadosch y otros.”

Luego la masonería es la *sinagoga de Satanás*.

Todo esto palmariamente demostrado con abundancia de

comprobantes suministrados por el reo mismo. ¿Por la masonería misma? Sí.

Porque es de observar entre paréntesis, y valga esta observación para siempre, que la masonería que es con la más estricta propiedad una sociedad *secreta*; cuya alma es en gran parte el secreto, cuyo señuelo y cebo para caza de pájaros bobos y enganche de reclutas está en el secreto, que hace profesión de este secreto, y á cada paso, á cada palabra y tras cada ceremonia imperiosamente con formidables amenazas y execrandos juramentos lo intima; sin embargo, de mucho tiempo acá parece haberse transformado en sociedad *pública*, por su doctrina que llena el mundo y es la sangre emponzoñada que corre por las venas de las modernas generaciones; por sus principios, leyes y máximas, que se han infiltrado y dominan en todas las clases, formas, organismos y manifestaciones varias de la vida de los pueblos; por su fin supremo y término último de sus ansias y por los medios generales ordenados al cumplimiento de este fin, sacados á plaza y clavados en la picota de la imprenta imparcial, razonable y cristiana; por sus misterios y prácticas más íntimas y ocultas, convertidas unas en materia de chacota y menosprecio, consideradas otras como objeto de horror, ignominia y abominación. Y es muy de notar el gran partido que ella saca del mal aparente de su semi-publicidad con los incautos, los distraídos y los necios, de los cuales *infinitus est numerus*, vendiéndose la muy bellaca por inocente y nada digna de ser temida con tantos aspavientos, dado que trabaja á la luz y se ofrece al mundo en espectáculo, y aun se entrega complaciente en su parte cómica como pábulo de risa y juguete de diversión; mientras por otra parte con refinada astucia y sin igual descaro niega embustera, encubre, palia y desfigura doctrinas, ritos, interpretaciones y planes, que una

vez puestos en evidencia y arrojados á la murmuración de las gentes, le arrebatarían el favor del silencio, la complicidad de esa indiferencia y descuido de muchos, tan ventajosa á su marcha tranquila y segura.

Tal es en puridad la clave del enigma, la explicación de esta aparente contrariedad y repugnancia entre ser la masonería secreta y muy secreta, y ser al mismo tiempo pública. Secreta, sí, para los que nunca la estudiaron en su naturaleza ni en sus propias confesiones, quier imprudentes, quier forzadas, ni se curaron de atisbar su intervención ó su influjo maléfico en los sucesos de la política y en las fortunas de las naciones; secreta para ciertos católicos bausanes, que simples de puro maliciosos, como para hacer alarde de imparcialidad, antes que deferir en juicio á la sentencia y probanzas incontestables de observadores honrados, prudentes y entendidos, quisieron más dar crédito á las interesadas protestas, negaciones y ambigüedades de los sectarios más ó menos solapados, cayendo en la trampa de su lenguaje deslumbrador y artificioso; secreta, por fin, generalmente para todos en la trama de ciertas intrigas de mayor trascendencia, en las relaciones íntimas de la madre con las hijas que salieron de su seno, en el desarrollo de algunos dramas sangrientos ó fatales, en el señalamiento de sus supremos gobernantes ú *orden interior*, como lo llaman, en su organización reservada y manera de gobierno superior, en algunas prácticas tan edificantes por su impiedad como por su infamia, etc. Pero pública, manifiesta y patente á los ojos de los sagaces, infatigables y celosos inquisidores de la escondida realidad, en su esencia, objeto, hondos designios, procederes, estatutos común organización, gobierno y empresas generales; pública y conocida hasta en gran parte de casos y cosas más veladas á la curiosidad de los profanos, por inferencias, comparaciones, estudio de las causas, lecciones de la experiencia, sorpresas, ines-

peradas revelaciones ó descubrimientos. Con lo cual á los beneméritos escritores que para bien procumunal de la cristiandad con tanta diligencia y asiduidad se han consagrado al estudio de la masonería, les basta y les sobra para hablar de ella con toda competencia y perfecto conocimiento de causa, á pesar de todos los misterios y reservas, á despecho de la índole artificiosa y obscura política de aquella.

Así pudieron escribir como escribieron con tanta riqueza de noticias, con tanta penetración y golpe de vista tan certero, Barruel, Lefranc, Perand, Saint-Albin, Gautrelet, Bresciani, Neut, Deschamps, Janet, Benoit, y cien y cien más: así pudieron los Pontífices Romanos desde la sublime atalaya, en que la soberana Providencia los colocó para salvaguardia de la grey cristiana, denunciar con firme seguridad la malicia de la nefanda secta y condenarla con la más alta justificación y autoridad.

Con el anterior presupuesto, que debemos gravar bien en la memoria, y después de esta digresión, que si se ha ido alargando al correr de la pluma, no está desprovista de interés, reanudemos el hilo de nuestros razonados testimonios allegados en confirmación del carácter diabólico de la secta, dando la última mano á nuestra demostración.

Dígnese ahora venir á ilustrarnos más sobre el asunto el venerable actual obispo de Grenoble, Illmo. Sr. Favá, quien entre las tareas de su cargo pastoral, ha reputado como una de las más conducentes al beneficio de las almas, la de escribir contra el presente enemigo de Dios y de los hombres, mereciéndole su nobilísimo empeño el lauro de sañuda persecución. De su obra sobre el *Secreto de la Masonería* [1], nos fijamos de preferencia en el artículo titulado: *El panteísmo masónico es satánico*; en el cual comienza por decir así: "Echar un velo so-

(1) "Le secret de la Franc-macounerie," Lille, 1888.

bre las infinitas perfecciones de Dios, y particularmente sobre su bondad, para que el hombre no le ame; pintarle como un cruel tirano, para que el hombre le blasfeme y le deteste; exaltar los derechos del hombre hasta la más absoluta independencia; finalmente derrocar á Dios de su trono y de sus altares, para sentar en su lugar á la criatura, tal ha sido siempre la diestra táctica de Satanás en su guerra contra Dios y los hombres; tal es la táctica desplegada en el panteísmo masónico, como resultado y medio de acción á la vez."

A continuación manifiesta la ejecución de este plan inicuo en todas las grandes épocas del mundo antiguo, á contar desde la catástrofe del Edén, su insistente persecución en todas las siguientes edades hasta el día de hoy, y viene á parar á esta brillante conclusión:

"Concluyamos, pues, que el panteísmo masónico observa la misma táctica de Satanás. Trabaja de continuo por desfigurar la verdad, por echar á Dios un velo, cuyos tupidos pliegues oculten á los pueblos los divinos atributos; presenta á Jesucristo como simple hombre, siendo así que es el Hombre Dios, apelando al embuste, á la calumnia, á la violencia, á medios sangrientos, se esfuerza por destruir el reino espiritual y social de Jesucristo sobre la tierra, con la persecución de la Iglesia católica en su doctrina y en sus miembros. Por esto afirmamos y sostenemos: que el panteísmo masónico es satánico."

En el mismo sentir abunda el célebre y docto cardenal arzobispo de Malinas, Ilmo. Dechamps, quien en su opúsculo *La franc-macounerie* [1] si por una parte repara mucho en ciertos elementos secundarios, llamémoslos más bajos y rastreros, de la masonería, y á consecuencia de esto parece inclinarse á juicios un tanto superficiales, mas por otra no vacila en dar á

(1) *Le Franc-macounerie*.—Bar-le-Duc, 1874.—ps. 47 y sigs.

luz el pensamiento guardado en el fondo de su corazón, y lo hace en esta forma: "Por su pretendida fe, por su moral nebulosa y llena de caprichos, por su simulacro de culto, la masonería no es más en realidad que la mona de la Iglesia; pero por su doctrina denegativa, por su objeto fundamental, negativo también, y por su organización es, repetimos, la *Iglesia al revés*. Sin escrúpulos en la elección de los medios que emplea, en todas partes encuentra un poderoso aliado en el interés de las pasiones, y no diga de las *potestades superiores* (1), rebeldes antes que ella y siempre prontas á ayudarla En fin, no niego. . . que la *religión del porvenir* sea, dentro y fuera de la masonería, la esperanza de muchos, que sin caer en ello, son los pequeños profetas y los pequeños precursores del culto anticristiano, del anticristianismo positivo, del nuevo paganismo sobrenatural y satánico del fin de los tiempos." Que es puro y escueto el fin primario y último, á que camina el masonismo con las *potestades superiores* por auxiliares y el culto satánico por corona de sus esfuerzos y satisfacción de sus ansias.

Más que el Rmo. Sr. Dechamps y más que todos juntos, parece haber ahondado en las interioridades de la masonería el P. Bresciani, de la Compañía de Jesús, quien encerró el fruto de sus largas vigiliias y observaciones sobre la materia en su *República romana*, continuación del *Hebreo de Verona*, que es una novela verdaderamente histórica, que de novela solo tiene la forma literaria, pero de historia la realidad misma de los hechos. Allí, pues, el sapientísimo historiador novelista asigna por carácter y resultado último de la secta la *demonolatría*, como él la llama, discurrendo á este tenor:

(1) Apocal. c. XII.

"Os preguntábamos, dice uno de los interlocutores, si creíais posible que en las sociedades secretas se rindiese por algunos jefes adoración al demonio. . . .—Ya respondí, alegando aquel claro y terminante: *adoraron al Dragón que dió poder á la BESTIA*. Este Dragón es *aquella serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, que engaña á todo el mundo* [1]. Como la Bestia tiene todos los caracteres de las sociedades secretas del *Iluminismo*, que hoy ha invadido el mundo, se deduce perspicuamente, que cuantos *tienen el CARACTER de la Bestia* adoran al demonio. Mas sobre si se hacen diabólicos ó se transmutan en Satanás, yo creo que sea este el verdadero y último misterio de esta congregacion de pecado: *Y en su frente hay escrito un nombre: MISTERIO* [2]. . . . Nada quita que la *Demonolatría* sea el último resultado á que conduzcan por su naturaleza las sociedades de los masones, de los carbonarios y de todos los demás vástagos de Weisshaupt [3].

Hago punto final en esta larga serie de citaciones con la autoridad del religioso barnabita Bernardo Negroni, nombre desconocido al parecer á muchos autores franceses, que nunca lo toman en boca, bien que no dejará alguno de aprovecharse de sus informes y doctrinas, cuando bien le venga; nombre con harta desdén pronunciado por algunos de sus mismos compatriotas italianos, más hábiles para la sátira que para rebatir las opiniones ó asertos que ridiculizan. De quien, si hubiésemos de alegar todos los testimonios del satanismo masónico, acompañados de las correspondientes pruebas y comentarios, en precisión nos veríamos de transcribir los siete cumplidos tomos de

(1) Apoc. XII.

(2) Apoc. XVII.

(3) República Romana, c. IX. párrafo XIII.

su obra [1]. Por lo cual nos contentaremos con trasladar uno de sus fundamentales enunciados ó aserciones, que reza así:

“Ella (la masonería) es del todo diabólica: es la hija primogénita de Satanás, del rey del abismo, su Iglesia, su sinagoga, su milicia, su sostén en la tierra. Ella fué, es y será siempre hasta el fin de los siglos la antagonista de la Iglesia de Dios, y mientras esta sea militante en la tierra, habrá de pelear con ella á brazo partido. Ella ha sido profetizada y designada por el mismo Dios para engendrar en los tiempos últimos el Anticristo, para elevarle al señorío de todo el mundo, para ocasionar la última persecución de la Iglesia, para completar el coro prefijado de mártires, para hacer ver cuanto pueden de una parte el infierno y el mundo coligados contra Dios y su Iglesia, y cuanto de otra puede Dios contra ellos en la defensa de esta. . . . Ella es la señalada para hacer resaltar los últimos triunfos del infierno contra Dios y su Iglesia, los últimos y más gloriosos triunfos de la misma Iglesia y de Dios contra ella. . . *Gens æterna in qua nemo nascitur* (2).”

Y aquí nos place dar fin al catálogo no escaso de autorizados y fundamentados testimonios, por considerarlos más que suficientes, aunque no agotados.

De ellos por sí solos, en razón del número, del carácter, respetabilidad y saber de los autores traídos á colación; por mérito de las especialísimas investigaciones que consagraron al asunto controvertido, de su justificada pericia y aptitud innegable para fallar en la cuestión, resulta á todas luces firme, incontestable, probada y asentada la tesis que venimos sosteniendo, y no queda más recurso que aceptarla ó ahorcarse á quien

(1) Storia passata, presente e futura de la setta anticristiana e antisociale.

(2) Ibid Asevertesaza, p. 35.

quiera que tome partido en esta grave controversia. O no habría lógica en el mundo: ó deberíamos de mandar noramala los consejos del sentido común, las reglas de la más severa crítica. Porque, vamos á ver ¿de qué se trata? De un hecho. ¿Este hecho es sensible, es perceptible? Notorio y público además, es un hecho de la calle, por más embozos con que lo cubran; y no pasajero y fugaz, que pareció y ya no parece, sino repetido y continuado, por más ficciones, marañas y embustes con que procuren despistarnos. Pero ¿este hecho es notable por algún concepto y capaz de impresionar? Atrae todas las miradas, provoca muchas y diligentes pesquisas, da margen á largas disquisiciones, conmueve los ánimos de juiciosos varones y de altos personajes. ¿Los testigos? Conspicuos Prelados de la Iglesia, en virtudes y letras eminentes; escritores de cuyos méritos son ejecutoria la fama esclarecida y sus obras literarias. No es dudosa la sentencia: no resta escapatoria.

Aunque á decir verdad, con nuestra franqueza característica, por mucho que se eleve el argumento de autoridad, por grande valor que se le atribuya, se apoca y desaparece ante la prueba de hecho, hecho evidente, divulgado por las voces de todos los entendidos observadores, hecho consignado en los libros oficiales de la secta, repetido en todos sus ritos, confirmado solemnemente con la fuerza de sus reiterados juramentos, robustecido y más y más patentizado con los actos exteriores de la misma. A esta prueba irresistible no hay que oponer excusas, subterfugios, mentiras ni cavilidades: no hay más que enmudecer y confesar. La desarrollamos suficientemente para cualquier hombre de entero juicio: si no le dimos mayor extensión, fué porque no quisimos, que materiales todavía nos sobraron para utilizarlos en su día.

Conclusión.—Luego la masonería en su constitución, en su vida interna, en su doctrina, en sus prácticas en sus fines y

tendencias, en todo su sér y obrar está inficionada, informada y compenetrada del espíritu de Satanás: la masonería es satánica.

Ahora ríanse de nuestra *exagerada* afirmación los que jamás se tomaron la molestia de apurar hechos, compulsar documentos ni consultar autores; los que adoptaron por sabio y prudente sistema, cómodo ciertamente, el de no creer nada que exista ó suceda más allá del alcance de su mano, temerosos de lo extraordinario más que de un perro rabioso; los que tan ventajosa idea se forjaron del género humano, como si los hombres por una casualidad de tantas hubiesen llovido de la luna ó brotado de la tierra á manera de hongos, para campear á sus anchas por el mundo, sin Dios ni demonio que se meta con ellos para maldita la cosa, ríanse en buenhora de la razón, ríanse de todo justo criterio, ríanse, si son creyentes, de su propia fe, ríanse de toda Providencia natural y sobrenatural de Dios, ríanse de las Sagradas Letras en montón, ríanse de la autoridad y enseñanzas de la Iglesia; puesto que aun después de plenamente comprobado el hecho, ninguna de estas cosas tan respetables, que todas hablan de lo extraordinario, de lo sobrenatural, despierta su consideración y les obliga á meditar sobre el mismo hecho; probable señal de que ninguna de ellas cabe en su estrecho majin, ninguna encaja con su sandio y disparatado sistema, donde todo huelga, todo está demás; fuera de la más estúpida frivolidad y lijereza, de la más hueca y fenomenal vanidad y satisfacción de sí mismo, superior á todo lo humano y divino, al cielo y á la tierra, á Dios y á los infiernos.

Y dejemos ya á esos majaderos.

CAPITULO II

EL ORIGEN MÁS ANTIGUO.—Sospechas.—Un razonamiento.—Autoridades.—Distinciones y proposición atrevida de Negroni.—Textos sorprendentes de S. Agustín con notas ó comentarios.—Citas de Pio IX y León XIII.—La Sagrada Escritura.—Definición y bosquejo histórico de la masonería.—¿Qué decir de la teoría de Negroni?—Unos pasajes de la Enciclica Humanun genus.—Crítico de muchos católicos.

Tiempo es ya de volver á nuestro intento, apuntado no más en el principio mismo de nuestra larga discusión, y que fué causa y punto de partida de nuestro no ocioso discurso sobre el satanismo de la secta funestísima, que Dios confunda. Atemos cabos, demos un salto atrás, vamos descorriendo el velo de nuestra intención apenas sombreada en la página 18 de este imperfecto ensayo, y reflexionemos qué relación pueda tener ese satanismo probado y vuelto á probar de la masonería con aquel "atrevido pensamiento de muchos masones y de algunos profanos acerca del origen totalmente primitivo de la pizmienda y condenada institución." Es decir, hablando sin embozos, nos toca examinar maduramente, qué valor sea dable adjudicar á la opinión de los que en serio pretenden elevar los natales de la masonería á la época de la primera y más lamentable desventura del humano linaje, acaecida en el paraíso terrenal, y